

POR ANTONIO INIESTA

La sexualidad

Todos los ciclos, sin que sepamos por qué, gozan de unas circunstancias particulares por las que se les identifica. Estos ciclos humanos, a veces de larga duración, -me refiero a años-, conforman y dan personalidad a unos seres y cosas que giran alrededor de estos espacios de tiempo y a los que se sienten fuertemente ligados, creando su manera de ser. Todo depende de la ética y de la sensibilidad del individuo y del tiempo que le ha tocado vivir.

Yo recuerdo que, cuando estaba estudiando la carrera de Bellas Artes, había una desmesurada manía de la higiene. Todo estaba y se hacía para la higiene, se vivía para la higiene, se pensaba para la higiene, todo tenía que ser profiláctico e higiénico y por este motivo se fabricaban aquellos muebles metálicos, de o parecido al aluminio; butacas, mesas, armarios, etc., que proliferaban principalmente en clínicas y hospitales. Era tanta la manía de la higiene, que hasta llegaron a pintarse cuadros higiénicos y que eran como todos los cuadros, con una tela absorbente que tiraba del aceite de la pintura al óleo, produciéndole enormes y profundos rechupados. Una manía de los pintores que rayaba en la estupidez. Aquello se olvidó, pero aún se ven muebles de estos por algunos consultorios, que han perdido su etiqueta de higiénicos.

Nuestro ciclo, democrático, político, europeo, ha descubierto el sexo. El tiempo que nos ha tocado vivir no podía escapar a estas influencias, que sin saber cómo pasan a nuestros hogares y se convierten en nuestros invitados. Y este invitado, al que se le rinde culto de adoración, es el sexo.

Como consecuencia, ahora todo está influenciado por el sexo: el anuncio, la película, el vídeo, la televisión, la literatura, todo lo que de alguna manera cala en la conciencia

y en la ética del hombre de nuestros días.

La sexualidad es una cosa bellísima, que llena de amor el corazón de las gentes, pero al mismo tiempo, este acto ritual, absorbente, atroz y deslumbrante, necesita de una intimidad que ha sido relegada a un plano oscuro y dubitativo, donde la pareja ha perdido el encanto de la soledad y esa parte, también importante, donde el alma se expresa vibrante de pasión y de cariño. Si a la sexualidad la desposeemos de estos atributos, de estas virtudes ancestrales, nos queda eso que estamos viviendo: el placer por el placer, el ligue, y el frío material y espiritual que queda después de todo esto... y el asco. Perdónenme, pero es así. El acto sexual sin amor queda reducido a un instinto, pues ha fallado la entrega absoluta, la renuncia del yo en beneficio de la otra parte de la pareja, que convierte la sexualidad en algo sublime.

En este ciclo y por este clima, todo gira en torno a la sexualidad. En las películas la intimidad ha sido negada para dar paso al espectáculo, por el que gran parte de los espectadores sienten repulsa. Y el amor, que es hermoso, lo convertimos en algo a lo que nuestros ojos no están acostumbrados. La belleza y la intimidad han perdido sus valores.

Vemos a un hombre desnudo anunciando un yogurt, a una jovencita que ha perdido las prendas de vestir anunciando un producto que poco o nada tiene que ver con el desnudo que nos mete por los ojos.

Hay como una fuerza soterrada de los poderes fácticos, de la prensa, de la televisión, que parecen haberse puesto de acuerdo para equivocar a la sociedad, sobre todo a estas generaciones jóvenes que se dejan arrastrar por la magia de la palabra escrita, de la imagen, del ruido musicado, como si ellos mis-

mos no fueran capaces de descubrir las vetas amorosas de la vida y todo lo que ello conlleva, de ser portadores eternos del espíritu y del corazón, puntales poderosos de la sexualidad.

Los ciclos duran mucho; el hombre puede nacer y morir dentro de un ciclo, sin conocer esa reacción que nos traerá, para bien o para mal, una nueva etapa. Pero cada desmadre de la naturaleza, sea del carácter que sea, frena a los hombres libres, ya que ellos mismos no son capaces de hacerlo.

Tenemos un miedo tremendo a pensar que el sida es un castigo de Dios y hay mucha gente que dice que si Dios es tan bueno, por qué permite eso. Ignoran o no quieren enterarse que muchos de los que nosotros llamamos castigos divinos, sin simplemente, un producto de nuestros pecados.

La sexualidad encauzada es una fuerza que mueve el mundo, pero incontrolada, vivida como si Dios no existiera, es una corriente destructora, cuyas aguas anegan el corazón de los seres humanos.

El sida, por nombrar alguna enfermedad, puede ser un castigo. Y es una fuerza que será resuelta, cuando Dios quiera. ¿Castigo de Dios? ¿No castigo? La respuesta está en su manera de pensar. Yo le doy a Dios todas las posibilidades, ya que es infinitamente bueno, infinitamente sabio, INFINITAMENTE JUSTO.

DESEOS VANOS

De amor por ti mi alma está sufriendo,
pasión que corre por la sangre mía,
que pone estertores de agonía
a esta falta de amar que no comprendo.

Tanto amor entregado a manos llenas
apenas sirven para mi atavío
y estoy jugando con lo que no es mío,
en este desamor con que me apenas.

Amor que te estoy dando a contramano,
como cediendo al cuerpo su apetencia,
cuando me nubla la razón temprano.

Amor que llega a ti como a un hermano
nacido en el calor de mi prudencia,
pero que muere en tu deseo vano.

ANTONIO INIESTA